

Eco de María Asúnsolo

Carlo Antonio Castro

De los retratos de María Asúnsolo
el que más se le acerca es el que Ermilo
Abreu Gómez trazó con el pistilo
que otro fin no tenía sino un solo

suspiro enamorado con sigilo
de la rosa y su aroma, común sólo
en el cuerpo y el alma de la Asúnsolo,
siempre serena y, a la vez, en vilo.

Ortiga que se encueva, voz de su eco,
desnudez intangible, luz del acto
que niega de lo bello el recoveco:

Ella misma sin fin, término exacto,
que hoy lucero deviene en cielo hueco,
umbral en que la muerte es entreacto...

In Memoriam, 1999

María Asúnsolo

*Ermilo Abreu Gómez**

En el principio la materia y el espíritu estaban en suspenso y ocultos sobre
la línea del horizonte. El poder divino los sostenía en quietud fuera del

* *Sala de Retratos*, col. Arco Iris, Leyenda, septiembre de 1946.

tiempo. No había ni antes ni después, ni cerca, ni lejos. Nada era nacido. Cuando la conciencia divina se reveló por medio de la palabra, entonces se manifestaron el espíritu y la materia, pero en la esencia no se diferenciaban; todo era uno y lo mismo. El espíritu fue lo que los ojos divinos miraron, y la materia lo que quedó oculto a su mirada. Lo que fue espíritu se alzó como llama por los espacios de arriba. En esta ascensión todo fue gozo porque el tiempo marcó los descansos de la eternidad. Por esta escala ascendieron los ángeles. Mientras tanto, la materia se precipitó en los espacios de abajo, en el vacío del abismo. El principio del mal fue éste. En este vacío realizó el viaje que no tiene fin, ni medida. El horror de este viaje no está en su continuidad sino en que no tiene esperanza ni momento de reposo. Allí, en el lugar en que acaba, empieza lo infinito de su caída. Lo insondable del espacio no tiene tiempo. En el vértigo de este derrumbe, los demonios cumplen el destino de su ruina.

Cuando esto sucedió, los seres creados participaron también de estas diferencias. Así hubo seres todo espíritu como el de San Francisco. Hubo seres todo materia como el de Judas. Hubo seres en quienes la materia triunfó sobre el espíritu como el de Tartufo. Hubo seres en quienes el espíritu prescindió de toda lucha y se hizo eterno como el de San Juan. Hubo seres en quienes la materia y el espíritu dialogaron en busca de un equilibrio, como el de Platón. Hubo seres en quienes el espíritu y la materia se enfrentaron y disputaron y chocaron como el del Arcipreste de Hita. Y hubo seres en quienes esta disputa, aquietándose, se tornó suave, discreta y armónica conversación que hizo imposible separar los límites de la materia y del espíritu.

Tal es el caso de María Asúnsolo. En María Asúnsolo, en efecto, es imposible distinguir el aroma, de la rosa; el eco, de la voz; el ala, del vuelo; la vigilia, del sueño; la lágrima, de la sonrisa. En ella la realidad se da como increada, como si fuera fantasía prisionera en cárcel de razón. En su alma el alba y la tarde se juntan. La claridad y las tinieblas se besan.

María Asúnsolo es como el último ángel que asciende al cielo o como el último que baja a la tierra.

María Asúnsolo va por los caminos de la vida, libre de toda pesantez. La huella de su sombra ondula en la claridad del viento. Un día desaparecerá como desaparece la neblina en el caracol de la brisa; cuando esto suceda, habrá un lucero más en el cielo y un pétalo menos en todas las rosas.